

OCTAVO TRIMESTRE. 3 de mayo de 1839.

CAPILLADA 140. (88 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.

*Si quis dixerit vel demonstra-
verit lætari in desgratiis suorum
similium, anathema sit.*

Si alguno dijere ó demostrar
que le alegran y divierten las des-
gracias de sus semejantes, permita
el cielo que le entre un dolor de
muelas que le haga rabiar y no
pueda morder.

CONC. 5. GER. CAN. 10.

POR LAS VISPERAS SE CONOCEN LOS SANTOS.

Con motivo de celebrar nuestra madre la
iglesia el martes último 30 de abril la festivi-
dad de S. Pelegrín, cumpleaños de mi benemé-
rito lego Tirabeque (q. D. g.), la empresa de
toros quiso festejar tan solemne dia disponien-
do que en la tarde del lunes 29 se corriesen
ocho bestias en lugar de seis segun costumbre
y contrata. Es decir, que se solemnizó la vis-

pera de S. Tirabeque con el sacrificio de dos toros mas. Y no hay que censurar la clase de obsequio que quiso hacérsele, porque el sacrificio de animales sea un sacrificio cruento, sacrificio de efusion de sangre. Tal como es, con él se ha obsequiado siempre en España á nuestros reyes, y de ello se han mostrado los monarcas muy satisfechos y complacidos.

Que és sanguinario dicen. Mas sanguinario era el sacrificio de cien toros, aquellas famosas *hecatombes* que para aplacar las divinidades, ó para darles gracias por los prósperos sucesos antiguamente se les ofrecían. Cien toros sacrificó el célebre guerrero Conon, en celebridad de haber ganado una victoria, y nadie se lo murmuró. Cien toros fueron sacrificados para celebrar la derrota del tirano Maximino, y nadie lo llevó á mal. Cien toros ofreció Pitágoras á los dioses en accion de gracias por haber hallado la demostracion de la hipotenusa, y nadie censuró el pensamiento. Y ahora eriticarán que se sacrifiquen dos solos toros en obsequio del cumpleaños de Tirabeque! De Tirabeque, que si no ha descubierto hipotenusas, ni catetos, círculos ni cuadraturas, ha resuelto el problema de que un lego cuyos ángulos (interpretacion, piernas) son desiguales, puede mar-

char sin cojear por el plano inclinado de la política sin que le embaracen las líneas curvas de los partidos! Y por último ¿no ha querido el conde de Luchana solemnizar el cumpleaños de nuestra Reina Gobernadora con sangre de hombres y hecatombes de rebeldes, y todos se lo celebramos y aplaudimos deseándosele muchos dias de estos en compañía de Rivero y Castañeda y de todas las personas que sean de su mayor estimacion y agrado?

Mas no; no fué esa sola la demostracion de obsequio que á Tirabeque se hizo en memoria del dia de su feliz advenimiento al mundo: los correos de estos dias han venido cargados de felicitaciones, de las cuales no puedo menos, yo Fr. Gerundio, de ofrecer algunas al público por via de muestra. Una de ellas decia asi.

Á FR. PELEGRINITO.

Si el autor del gran manchego
 fué feliz con Sancho Panza,
 aun tiene mejor andanza
 Fr. Gerundio con su lego.
 No hay oveja ni borrego
 que no se pele la lana
 por pagar de buena gana
 de este cojo las sandeces.

:

¡Bendita sea mil veces
su hermosa pata galana!

—
O T R A.

Feliz mil veces Castilla,
y feliz quien te dió el ser,
y aun mas feliz la muger
que abrigues con tu capilla:

Mujer soy por mi desgracia;
nunca á los frailes amé;
pero á tí.... perdóname....
encuentro en ti tanta gracia....!

Esos mofletes rellenos,
esa risa socarrona,
todo esa esbelta persona....
vaya, yo pierdo los frenos.

Quizá serán las razones
que salen de tales labios,
sandeces para los sabios,
para mí son discreciones.

Cuanto sale de tu boca
son graecjos para mí;
me hacen furor, frenesí;
ya lo ves; me tienen loca.

Y esas verdades desnudas,
y esas ehistasas enmiendas,
con que luego las remiendas

cuando son muy peliagudas.....

Son teclas, oh Pelegrin,
Tirabeque, son registros,
con que rabian los ministros
y que á mi me hacen tilín.

Dime con toda franqueza
si te hallas comprometido,
pues segun tengo entendido,
tuviste ya una flaqueza.

De *mensonges* enemigo,
como tu dices, te quiero;
tu hermosa mano prefiero
á dos arrobas de higos.

Post-data.

Esta epístola amatoria,
en que espreso cuanto te amo,
ocultásela á tu amo,
no se cele y haya historia. = *P. M.*

Esta y otras felicitaciones venian ó anónimas ó firmadas con solas iniciales, que viene á ser lo mismo, si bien sospecho que algunas de las letras no le eran desconocidas á Tirabeque. Pero tampoco le faltó su disgustillo, pues entre ellas venia una firmada por *Pascuala Bailona de Robelledo*, que yo me figuro debe ser cosa de su antigua amiga *Avichuela*, que en despique del porte que con ella ha tenido, ha

querido tomar una especie de yenganza mandándole en vez de felicitacion una invectiva; que sin duda encargaria al cirujano del lugar, pues aunque cosa de poco mérito, aun me parece que escede las fuerzas poéticas de una *Avichuela* ó de una *Pascuala Bailona*. Decia de este modo:

Tirabeque, en los artí-
siempre metes cuchara-
por hablar.

Y sueltas los admini-
de esa tu lengua malva-
sin cesar.

Gerundiando á todo el mun-
dices dos mil desati-

¡bribonazo!

Y el hablar cual furibun-

á ti te importa un comi-

¡socarronazo!

No hay general ni minis-

á quien no saques, trete-

á danzar.

Ni se encontrará regis-

que no toques, marrullè-

por hablar.

Pero no puedo menos de volver al primer obsequio; á las vísperas taúricas del lunes, ter-

ribles y azarosas como las vísperas Sicilianas: dia sangriento y horrible en Madrid como lo fue el de San Bartolomé en París. La bandera del duque de Guísa fue la que enarbolaron allí los católicos para el esterminio de los calvinistas: la divisa del duque de Veraguas y de doña María de la Paz Silva, fueron las terribles enseñas que anunciaron aqui la guerra á muerte que se había de hacer á los toreros aquella tarde. Corrida fatal, cual no la han conocido los vivientes, y que obliga á Fr. Gerundio á hablar de ella bien á pesar suyo.

Ocho toros se presentaron en plaza, á algunos de los cuales podria muy bien, y con muy poca parodia, aplicarse el testo de Horacio sobre las bellas artes, sin mas que sustituir al *útil dulci*, un *forte feroci*, y diciendo: *Omne tulit punctum qui miscuit forte feroci.*

Tuvieron cuanto se puede desear en una fiera, pues á la ferocidad unian la fortaleza.

Negros como moras, grandes como injusticias de gobierno, gordos como desaeiertos ministeriales, fuertes y vigorosos cual si fuésen individuos del ayuntamiento de Murcia (1),

(1) Véase su esposicion de 23 de abril á Ss M,

decididos como zaragozanos, comprometidos de buena fé por la libertad como Fr. Gerundio, conocieron por instinto que se trataba de sacrificarlos, vieron el peligro que amenazaba á su seguridad y á sus cabezas, y sin consideracion á si las leyes prohiben ó no representar á la fuerza armada, menos escrupulosos que algunos nacionales de Madrid, buscaban en sí mismos su salvacion, como me temo, yo Fr. Gerundio, que la busquen los pueblos si el gobierno no se la procura mas. A juzgar por la energía con que se pronunciaron por la *disolucion*, se hubiera creido que llevaban poderes de los pueblos, y que representaban la verdadera opinion del pais. Sus frases eran pocas pero duras; no eran mas que dos, pero herian la dificultad mas que toda la fraseologia de que llenan las diputaciones y ayuntamientos sus representaciones, que ni acaso las lee S. M. ni las estima en un ardite el gobierno, que está visto que ya no se convence si no se emplean con él frases y razones del género de las que usaban los retóricos de Veragnas.

Torpes y desacertados como gobernantes aquella tarde los toreros, fueron pagando bien cara su ineptitud. Cinco fueron heridos, y todos de gravedad; dos banderilleros, dos picadores, y

el primer espada, con mas varios contusos, y diez y seis caballos muertos, y cuatro heridos. Toro hubo que llevaba trazas de no parar hasta embanastarse doscientos, como aquel leon de quien cuenta Ciceron en la oraeion por Sestio que se vendimió él solo doscientos gladiadores. Lo mismo jugaba con los caballos que si él fuese ministro y los caballos empleados; así apeaba picadores como si fuese un Castro con astas ó un Mon de cuatro pies: y sin reparar en que Sevilla se hubiese ya roto, como se rompió, el homo-plato en obsequio del mejor servicio de la plaza, ni en que dejase hijos y familia sin amparo y proteccion, le hubiera embestido otra vez, si le hubiesen dejado, con la misma crueldad que usó Someruelos con el benemérito nacional D. N. Fernandez sin mirar á que habia perdido un brazo en defensa de la libertad (que por ahí anda sin él, y cesante), y que dejaba sus hijos en la horfandad y en la miseria. Toro feroz, que arrancaba las sillas de los caballos como si hubiese hecho una contrata de monturas á partir con los guarnicioneros, y despues ensartaba las sobresillas y las paseaba colgadas de las astas por la plaza como si fuese un Cabrera enarbolando un pendon de afrenta, y de burla y deshonor, y daba la vuelta por el circo com

buscando un Van-Halen á quien avergonzar.

Tantas desgracias (de que dicen los aficionados no haber memoria en la historia de las corridas en una sola tarde) llenaron de disgusto y sentimiento á una gran parte de los espectadores, y conmovieron mi gerundiano corazon en términos que la diversion se convirtió en tormento; y me hubiera salido de la plaza si como intenté me lo hubiesen permitido las personas de la comitiva gerundiana á cuyas instancias no podia sin faltar á la educacion resistir. Pero como en los tendidos hay siempre jente para todo, lejos de dolerse de las desgracias de los toreros, les gritaban todavia: «anda, ten paciencia, y sinó hubieras aprendido á general.» Antiguamente les decian: «hubieras aprendido á sastre.» Comparacion que debia ser una banderilla de fuego para nuestros generales, y hacerles acometer al enemigo aunque fuese á cerra ojos como los toros á trueque de desmentirla.

Aun aquello lo oia con disgusto por la poca humanidad que probaba en los voceadores; pero lo que no pude sufrir, ni puedo recordar sin indignacion fue, que habiendo circulado por la plaza la voz de que habia muerto uno de los banderilleros á los pocos minutos y sin

casi alcanzarle la uncion (lo cual felizmente se ha desmentido despues), vi á uno en un tendido (no quiero señalar el traje que vestia, porque cederia en deshonor de la honrosa clase á que pertenece), le vi ponerse á entonar un responsorio burlesco, á cantar un recorderis irrisorio, y á echarle bendiciones de ludibrio, excitando á otros á la misma mofa, de los cuales algunos tuvieron la debilidad de imitarle. Dicen que las funciones de toros hacen poco favor á la España; menos favor la hacen estos españoles. Afortunadamente no hay muchos de estos. Dirán que el oficio de torero es bajo é infame: lo bajo é infame son estos sentimientos. Pues qué: ¿los toreros no son hombres? ¿no son prógimo? ¿no son semejantes nuestros? Si por casualidad alguno de ellos fue de los que la corrida anterior dió vivas á Fr. Gerundio, no quiero sus vivas; me ofenderian, los rechazo con enojo.

Concluyo este artículo sin humor de satirizar: el humor de que me ha puesto este recuerdo lo podria decir el borron que ha hecho la pluma sobre el original al arrojarla de rabia sobre el papel. Los sentimientos de inhumanidad no inspiran gracejo sino rabia é indignacion.

¡Carambola, señor don Pelegrinito, y que faja tan chusca se ha echado vd. el día de su santo!—Si señor, bastante.—Pareces un general, hombre.—Si señor, parezco.—¡Pero qué circunspecto y qué grave!—Una cosa regular.—Vamos, ¿y te ha costado mucho?—No señor; andan baratas. No me ha costado accion ninguna.—Accion no te habrá costado, porque tampoco tu eres militar; pero te habrá costado dinero.—No señor, tampoco. La logré por favor.—¡Por favor!—Asi por amistad particular. Ahi ese comerciante amigo de la esquiuva me dijo: «Vamos, Tirabeque, toma esa faja para que solemnices el día de tu santo.» Pues qué, le dije yo, ¿los días del santo se solemnizan con fajas?—Ya verá vd., me dijo, como el día del cumpleaños de la Reina se solemniza con algunas fajas allá en el norte.

En efecto, Pelegrin; yo asi lo espero, y lo espero tanto mas, cuanto que ya S. M. ha mandado que se den las gracias al general en gefe hasta que le sean propuestos los premios á que se hayan hecho acreedores los que han contribuido á la grande é importante accion con que se solemnizó su cumplea-

ños. Y lo que es ahora las fajas que se den, se darán con justicia; porque todo lo merece la acción.—¿Tan grande ha sido, señor?—Toma! —Se conquistó una cueva.....!—Vd. se chancéa, mi amo.—Muchas gracias, Pelegrin. Ahí tienes el parte, léele y lo verás.—Así es la verdad, señor. ¿Pero el haber tomado una cueva ha de valer fajas? Esa sí que no cuela por acá.—Pero bobo, ¿tu crees que sería alguna cueva de vino como las de nuestra tierra?—Señor, de vino no sería, pero al cabo una cueva no puede ser más que una cueva.—Bien se conoce que no sabes la importancia que puede tener en una guerra civil la conquista de una cueva. Figurate tu que fuese una cueva como la de Odollan en la Palestina, donde se refugió David con cuatrocientos hombres; ó como una que dice Estrabon que hay en la Arábia, que puede contener hasta cuatro mil: y por último ¿no mató nuestro infante D. Pelayo desde la cueva de Covadonga en Asturias ciento y veinte mil moros con un puñado de hombres que tenía allí encerrados? Vaya hombre; tu sabes lo que puede influir la conquista de una espelunca?—¿De una qué, señor?—De una espelunca, hombre: es decir de una cueva, que lo mismo da cueva que espelunca.—Señor, importará todo lo que vd. quiera; pero paréceme á mi que si la toma de una cueva vale fajas, nunca van á pasar de la cueva.—Por que, hombre?—Porque ya no queda que dar.—Nunca falta; y verás verás con el aliciente de los premios de la cueva cómo se animan los generales, y se entran por el país enemigo como Pedro por su casa.

Y por ahora vete de una carrera á la imprenta, y di al regente.....—Perdone vd. señor, mi carrera está ya hecha: ya no me muevo de aquí: lo mas que haré será retirarme.—Tirabeque, ¿olvidas que eres mi lego?—Mi amo, ¿olvida vd. que estoy fajado? No dicen que en fajándose cada uno hace lo que le acomoda?—Yo te daré la faja, pícaro.

Se la desceñi, y en penitencia le he hecho ceñir un cilicio, para que aprenda que el súbdito, con faja ó sin ella, siempre es súbdito. Asi habian de hacer con todos los que en ceñéndose la faja se echan la cuenta de que tienen ya hecha la carrera, y dicen que no se mueven mas, ó lo hacen sin decirlo: desfajarles, y hacerles ceñir un cilicio ó una soga de esparto en penitencia.

EL DOS DE MAYO.

Pasó este dia melancólica y dulcemente célebre en los fastos españoles desde el año 1808, y mas suntuosamente que nunca solemnizado en 1839. Pasó! Su memoria no pasará jamás. No. Ahí queda en el *Campo de la lealtad* ese tan sencillo como magnífico monumento inaugurado ayer, esa página de piedra del libro de nuestras glorias, esa pirámide consagrada á perpetuar la memoria de los prótomártires de la independencia española. Ahí queda desafiando los tiempos, y enseñando al mundo lo que fuimos y..... lo que podemos ser. Los españoles de este siglo no necesitábamos de sarcófagos de piedra, de inscripciones de bronce

y de emblemas de mármol para conservar los sublimes recuerdos de los heroes que nos enseñaron á ser libres, porque los hechos gloriosos estan demasiado recientes para que tan pronto les pudieramos olvidar. Pero pasará un siglo y otro siglo, y los hijos de los hijos de estos españoles verán ese cenotafio, leerán sus lemas, repasarán la historia, y se envanecerán de ser españoles, descendientes de aquellos españoles. Le verán los que nacieron en pueblos estraños, y nos admirarán; y le verán los hijos de la Francia, y se avergonzarán. Gloria y veneracion á los Mártires! Honor y gloria á los que concibieron el proyecto de levantar ese honroso catafalco! Honra y prez á los que á costa de tantos esfuerzos han terminado la obra!

Hízose pues ayer la solemne inauguracion, cuya grandeza y suntuosidad ni me fuera facil ni es de mi intento ahora describir. Baste decir que el *Dos de Mayo* del año 1839 en Madrid ofreció el imponente y magestuoso aspecto de una *fiesta fúnebre nacional*, celebrada con todo aquel sublime y religioso aparato de que son capaces los españoles cuando se ponen á ser grandes. Un solo sentimiento se veía pintado en los semblantes de todos, un solo espíritu animaba las inmensas masas de jentes que de todas las calles y de todos los puntos confluian; el espíritu de *nacionalidad*. ¡Pluguiese al cielo que cada dia del año guiase á los españoles el mismo espíritu que se notaba en todos los habitantes de Madrid el dia de ayer!

No se veía por todas partes mas que luto; y hasta los periódicos salieron guarnecidos con la

franja lúgubre. Pero como al día siguiente á un duelo es ya permitido á las personas de él mas afectadas soltar una ligera risita, seame tambien permitido, á mi Fr. Gerundio, asi como por via de alivio de luto, sustituir por unos momentos á la circunspeccion luctuosa de la tragica Melpomene la leve sonrisa de la alegre Talía, y en vez de plegar los labios, hacer pucheritos y colgar lágrimones, á lo cual llaman llorar, abrir la boquita, enseñar los dientecitos (á la verdad los míos no son *itos* que son *azos*) y encoger el ombliguito (este ni es *ito* ni es *azo*, es una cosa regular), á lo cual llaman reir, que al cabo la mayor tontería del mundo es dejarse morir de hipocondria.

Sin embargo, estoy en obligacion de no ser muy criticon, basta que me lo hubiese encargado asi un individuo del ayuntamiento (cuya corporacion dispuso y costeaba la fiesta), el cual asi como me vió, se dirigió á mi Paternidad, y con aire de comisionado me dijo al oido:

Se suplica á Fr. Gerundio

no sea muy criticon,

pues el caer las estátuas

no ha sido culpa de la comision.

No fue su ánimo decírmelo en forma de verso ó quarteta, y asi observarán vds. que el último pie calza mas puntos que los otros; pero á mi me sonó á verso, y por lo mismo traté de retener sus mismas palabras. El caso es que el hermano municipal, queriendo evitar capillada, me descubrió lo que yo no sabia, esto es, que se habia caido en el camino la estatua de *la España y el Genio* que iba sobre el mag-

nífico carro enlutado que conducia en tres urnas las cenizas de DAOIZ y VELARDE, y las de las de las víctimas del PUEBLO. Como si no supiera Fr. Gerundio que no es culpa de la comision del ayuntamiento de Madrid que *la España* esté caída. Lo único que yo he creído siempre necesario para levantarla es *un Genio*; como que he andado echando la vista mucho tiempo hace por esas córtes y esos palacios y esos ejércitos, y no le he encontrado. Al fin pareció uno en el carro fúnebre del *Dos de Mayo*, y ese se cayó tambien, con que estamos frescos. Génios ya conozco yo que no faltan; cada uno de los hombres tiene el suyo, pero son *Genios* que asi que están un poco elevados, se caen al suelo como el del carro.

De estos hay muchos,
que aunque parecen *Génios*
solo son..... *bustos ó brutos*.

Pero la risa era con Tirabeque. Cuando se estaba cantando el responso delante del monumento, me decia: «Señor, paréceme que se vé poco esta pirámide.—¿Cómo se vé poco? ¿Pues no ves á que altura se eleva sobre las copas de los árboles?—Si señor, pero está en mal sitio.—¿Pues dónde la hubieras colocado tú?—Yo? Encimica encimica de lo mas alto de los montes Pirinéos, para que la vieran bien los franceses, y sobre todo Luis Felipe.—No, mira: á Luis Felipe era menester traerle aqui para que viera esto. Y asi como Napoleón tuvo una conversacion con los Ulemas dentro de una pirámide de Egipto, cuando hizo su expedicion á aquel pais, asi era menester decirle á

Luis Felipe un recadito al oído al pie de esta pirámide en este día—Y se le había de decir yo, señor, que puede que le dejara sordo. Pero se le diré á su embajador, mi amigo.

Y se echó á buscarle por entre la muchedumbre de personajes que al carro acompañaban, atropellando como un loco por entre aquella turba de generales (que estos si que son en España mas que los de Egipto), y de magistrados y senadores y diputados &c. &c. Sin hacer caso de las voces de los centinelas; y al cabo de un rato volvió diciendo: «Señor, no está aqui el Monsiur: ¡qué lástima! Le iba á dar un rato divertido con estas cosas.—¿Y qué le habias de decir tú, hombre?—Qué le había de decir? Mire vd. Monsiur, mire vd. lo que vds. hicieron; pero mire vd. lo que somos nosotros; y guardese vd. que despierte un día ese leonazo que está ahí detras de ese monumento, que si le echa á vd. una garra....—Vaya, pues calla; él ha hecho bien en no venir.—Y dígame vd., señor. ¿Porqué á este paseo de aqui del lado le han de llamar *Paris*? Con que el sitio donde los franceses hicieron tantas víctimas de españoles hemos de consentir que le llamen *Paris*? ¿No es una mala verguenza?—En eso si que te sobra razon, Tirabeque. Ya que á esta division del Prado se la quiera distinguir de las demas, llámese la el pascó de la Lealtad, y no se le dé un nombre, que si en otra parte seria indiferente, aqui escita recuerdos odiosos; y sobre todo, que eso es muy poco español.

A la misa de S. Isidro no quise llevar á Ti-

rabeque, porque no me comprometiera con sus habladurias. ¿Cómo hubiera dejado él de decir algo al ver, por ejemplo, á Mendizabal tan cristiano y deboto como un anacoreta sentado al lado de Oráa, tan repantigado y relleno como un abad de Bernardos? Cómo hubiera dejado de llamarle la atención el atusadísimo peluquin del Sr. Moscoso, que así armonizaba con el gran uniforme de ministro como el no menos atusado pelo natural del Sr. Olózaga con la severa toga de magistrado? Pues digo; ¿cómo se le hubiera escapado á él la capa de mi amigo y faisano el maragato Cordero? Unica capa que en toda aquella brillante concurrencia habia, excepto la capa pluvial del Sr. arzobispo de Valencia que celebraba la misa y las de sus coadjutores? Pero Cordero, monumento ambulante de antigüedades españolas, Cordero, en cuyo traje se puede aprender tanta historia antigua como en una cátedra de arqueología, Cordero en cuyas anchas bragas se leen los recuerdos de la España gótica, como en las tribunas de S. Isidro se conservan los *Jesusus* de la España jesuítica, quiso ir de luto riguroso á la antigua con su capa negra, dando ejemplo de antiguo españolismo. Tan de luto iba, que no hubiera desdecido verle entonar el responso.

¿Cómo se hubiera contenido Tirabeque al ver entrar por la iglesia adelante una muger con su charretera sobre la mantilla al hombro izquierdo, su capona al derecho y su cinta del *siete de julio* al costado? Pues sí señores, así se presentó la estafetera de la calle de las Infantas, esa famosa heroína á quien llaman *la pa-*

triotá, que el dos de mayo dicen que jugó la artillería é hizo no poco estrago en los enemigos. Todavía hemos de tener que hacer á la estafetera-alferez generala en gefe de los ejércitos nacionales, porque se me ha puesto en la cabeza que si se ha de acabar la guerra, ha de ser menester encomendar su direccion, ó al sacristan de S. Ignacio, ó á la Zurbana de la calle de las Infantas.

Tuvo la oracion fúnebre el cura de mi lugar adoptivo, esto es, el párroco de Carabanchel, aquel benemérito sacerdote, de quien tuve el gusto de hacer cuando anduve por aquellas tierras la justa honorífica mencion que se merece. El mayor elogio que hoy puedo hacer de él es que estoy seguro que predicaba con el corazon, porque es un corazon todo español: y que cuando decia: «Dios quiere que la España sea libre, y lo será» lo sentia con mas vehemencia que lo pronunciaba.

Mucho me queda por decir; pero *son tan estrechas las estrecheces de mi estrechísimo periódico.....!* Solamente encargo al muy ilustre ayuntamiento que haga por corregir aquel testo del eclesiástico que está en el fronton del gran catafalco que mira al altar mayor, pues eso de escribir *morin* por *mori*, *malla* por *mala*, y *numciet* con *m*, lo podrá criticar alguno que sepa latin, y eso debe evitarse. Ya sé que esto tampoco es culpa del actual ayuntamiento, pero no pecará en corregirlo.

Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.